



RAGNAR JÓNASSON

LA MUERTE BLANCA



Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Formentor

Ragnar Jónasson

La muerte blanca

Traducción del islandés por
Kristinn R. Ólafsson y Alda Ólafsson Álvarez

Título original: *Myrknaetti*

© Ragnar Jónasson, 2011

Publicado de acuerdo con Copenhagen Literary Agency ApS, Copenhagen

© por la traducción, Kristinn R. Ólafsson y Alda Ólafsson Álvarez, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

© Mapa: Ólafur Valsson

Este libro se ha traducido con la ayuda de:



ICELANDIC LITERATURE CENTER

Primera edición: octubre de 2020

ISBN: 978-84-322-3708-9

Depósito legal: B. 15.410-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

*How do you like Iceland?**

Bueno, desde luego, él no había viajado a Islandia para experimentar eso.

El día había empezado bien, una bonita mañana de junio. Aunque tampoco es que hubiera una gran diferencia entre la mañana y la tarde en esta época del año, cuando el sol brillaba las veinticuatro horas del día.

Evan Fein, estudiante de Historia del Arte, llevaba tiempo deseando visitar esta tierra en los confines del mundo y aquí estaba ahora: en su primer viaje a Islandia, llegado desde Edimburgo. Como para cargar las tintas en plena crisis económica, a las fuerzas de la naturaleza se les había

* «¿Te gusta Islandia?» En inglés en el original. (*N. de los t.*)

ocurrido ofrecer a los isleños dos erupciones volcánicas, una detrás de la otra. En todo caso, se diría que la actividad volcánica había remitido, al menos por ahora, y Evan se lo había perdido por poco.

Llevaba unos cuantos días en Islandia; había comenzado por disfrutar de las vistas de Reikiavik y los lugares turísticos más populares en torno a la ciudad. Luego había alquilado un coche para viajar al norte. Tras una primera noche de acampada en Blönduós, había madrugado con la intención de ir hasta la región de Skagafjörður. Había comprado un CD con antiguas canciones de moda islandesas y ahora iba escuchándolas en el coche, disfrutando de la música sin entender una sola palabra de las letras, orgulloso de ser una especie de *freak* de los viajes y dispuesto a sumergirse a fondo en la cultura de los países que visitaba.

Conducía por la carretera de Thverárfjall, pero tomó un desvío antes de llegar a Saudárkrókur: quería echar un vistazo a la fuente de Grettir, una antigua fuente geotérmica con paredes artificiales de piedra donde estaba permitido bañarse. Se suponía que se encontraba por allí cerca, no muy lejos de la costa.

El camino hasta la fuente era lento y estaba repleto de baches, y se preguntó si tratar de dar con ella no sería una absoluta pérdida de tiempo; pero la perspectiva de relajarse un rato en sus aguas termales mientras disfrutaba de la luz matutina y

la belleza del paisaje resultaba de lo más tentadora. Iba a paso de tortuga —cada dos por tres los correritos incordiaban cruzándose en medio de la carretera (o más bien Evan los molestaba ellos)—, pero la fuente se empeñaba en no dar señales de vida. Empezó a preguntarse si no se habría saltado la salida, y ralentizaba la marcha cada vez que se acercaba a la entrada de una granja, intentando distinguir si la fuente se escondía en algún lugar. ¿Acaso la había dejado atrás?

Así vio una bonita vivienda unifamiliar, que parecía a medio construir. Estaba cerca de la carretera y había una pequeña furgoneta gris aparcada delante. Evan llevó el coche a un lado y se detuvo.

Entonces vio que el conductor de la furgoneta, o quizá fuera el dueño de la casa, yacía inmóvil en el suelo. Evan se sobresaltó, se desabrochó el cinturón de seguridad y salió sin apagar el motor, corriendo tan rápido como le permitían las piernas. La animada música islandesa seguía sonando entre crujidos en el coche, casi irreal en aquellas circunstancias.

El hombre estaba muerto. Al menos a Evan le parecía que era un hombre, así de primeras, a juzgar por la anatomía y su pelo corto. Su rostro, sin embargo, no daba ninguna pista a ese respecto: estaba completamente cubierto de sangre; donde una vez hubo un ojo, ahora sólo había una herida abierta.

Se quedó sin respiración, casi paralizado y con

la mirada fija en el cadáver, antes de darse la vuelta en un movimiento brusco, para comprobar que el agresor no estaba a su espalda.

No había nadie.

Evan se hallaba ahí de pie, solo, junto al muerto.

Al lado del cadáver había un palo de madera manchado de sangre. ¿El arma homicida?

Le asaltaron las náuseas, al tiempo que luchaba por mantener a raya los pensamientos que llegaban en tromba a su mente. Inspiró hondo hasta que logró recuperar la calma. Luego se sentó en la hierba, en el prado delante de la casa, mientras deseaba con todas sus fuerzas haber elegido algún otro destino para sus vacaciones de verano.

CAPÍTULO 2

Ísrún se despertó con el zumbido de la mosca que se había colado por la ventana abierta del dormitorio, miró el reloj y soltó una maldición al ver lo temprano que era. Podía haber dormido más: su turno en la redacción de informativos no empezaba hasta las nueve y media. Sería un día tranquilo, la erupción volcánica había acabado por ahora, y en la capital apenas había movimiento. El verano había llegado: sequía informativa a la vista. El día anterior había asistido junto con un cámara a un festival, y por el momento sólo tenía pendiente elaborar una noticia amena y desenfadada a partir de las grabaciones. Ambiente veraniego como broche ligero del telediario. De todos modos, era posible que ni la emitiesen: seguramente acabarían relegándola a la segunda edición de la noche o al día siguiente, desplazada por alguna noticia más relevante.

Llevaba diez años trabajando en la redacción, aunque a intervalos. Empezó de suplente nada más acabar el bachillerato, mientras estudiaba la carrera de Psicología. Durante el año que siguió a su licenciatura intentó trabajar en un hospital, pero descubrió que echaba de menos la tensión de los informativos, así que regresó y desde entonces había estado yendo y viniendo, incluidos un máster en Psicología en Dinamarca y un breve periodo al frente de una consulta, esta vez en el hospital de Akureyri. De eso hacía ya dieciocho meses. Después de aquello se había mudado a Reikiavik y había vuelto a la redacción.

Muchos de los antiguos compañeros se habían marchado y habían sido reemplazados por caras nuevas, aunque algunos todavía seguían en sus puestos. La primera vez que Ísrún solicitó un empleo en los informativos de la televisión, tras acabar el bachillerato, en realidad no esperaba que la aceptasen. Estaba convencida de que la cicatriz de su rostro la descartaba para cualquier trabajo en la pequeña pantalla, pero aun así fue superando las diversas fases del proceso, que incluía locución de noticias en el estudio de sonido y delante de las cámaras en el plató, y al final resultó que no era un obstáculo. La herida era un recuerdo de infancia: una vieja tía suya había dejado caer encima de ella café ardiendo cuando sólo tenía unos meses. La marca de la quemadura le cubría una de las mejillas y, aunque había aprendido a disimularla a base

de maquillaje, no pasaba desapercibida. A lo mejor, la cicatriz fue lo que la llevó a solicitar trabajo en televisión; era una oportunidad de demostrarle al mundo —o al menos a los telespectadores de Islandia— que no estaba dispuesta a permitir que nada la detuviese.

Ísrún se incorporó en la cama, se desperezó y miró más allá de la ventana, hacia los grandes árboles del jardín comunitario y el bloque de viviendas al otro lado de la calle. Vivía sola; hacía dos años que no tenía pareja, nunca había estado sola tanto tiempo. Con su último novio lo dejó al mudarse a Dinamarca: llevaban juntos cinco años, pero él no quiso ni irse con ella al extranjero ni esperarla. «Pues muy bien, ¡que le den!»

Resultó que la televisión pagaba mejor que la psicología, pero lo que había aprendido en la carrera le resultaba útil para los informativos. El trabajo en la redacción le daba la oportunidad de experimentar algo nuevo cada día —entrevistar a personas interesantes y, de vez en cuando, incluso sacar alguna que otra primicia—. Éstos eran los mejores días. La presión podía resultar adictiva, aunque no le gustaban las urgencias en los plazos de entrega; esta manera de trabajar complicaba dedicar mucho tiempo al periodismo de investigación. Los turnos solían ir cortos de personal, y la presión de entregar noticias al final del día convertían en un lujo poder sumergirse por completo en un tema durante largo tiempo.

Ísrún intentó cerrar los ojos y dormirse de nuevo, pero la mosca seguía zumbando en algún lugar de la habitación.

Frustrada, salió a rastras de la cama. Ya que estaba despierta, más valía aprovechar el tiempo. Unos minutos más tarde estaba en la calle, con el chándal de correr puesto. Debía ponerle empeño a la actividad física. Respiró el aire matutino, aunque echó de menos la fresca brisa matinal a la que estaba acostumbrada; como si hubiese alguna contaminación atmosférica: las malditas cenizas del volcán Eyjafjallajökull, al sur de Islandia, cuya erupción había paralizado el tráfico aéreo en todo el continente europeo. No era de extrañar que la mosca se hubiese refugiado en casa. Aunque había un buen trecho entre el volcán y Reikiavik, el viento había seguido descargando ceniza sobre la capital. Aquello afectaba a todo el mundo, irritando los ojos o dificultando la respiración, y en los peores momentos se había recomendado a los más sensibles a la contaminación atmosférica que permanecieran bajo techo. Ahora el volcán descansaba, pero había dejado tras de sí el temor a que la actividad sísmica provocara otra aún mayor, en el Katla.

Ísrún vivía en un pequeño piso de dos habitaciones, en un bloque de viviendas en la plaza Hagatorg, cerca de la Universidad de Islandia, y cuando tenía tiempo solía salir a correr por la zona de Ægisída, a la orilla del mar. Decidió que la conta-

minación no la iba a parar. Mientras corría iba dándole vueltas a lo que sin duda se presentaba como un día de lo más rutinario.

Luego fue al trabajo en su viejo cacharro, un coche que llevaba mucho tiempo en la familia y que su padre le había regalado al cumplir los veinte. En sentido estricto, ese coche era prácticamente una antigualla, pero a ella le valía. No hubo problemas de tráfico; no tener que acudir al turno hasta las nueve y media, pasada la hora punta, era una de las mayores ventajas de este empleo. La cruz de esa moneda eran las pocas horas aprovechables que tenía por delante cuando por fin lograba volver a casa después del informativo de la noche y la reunión posterior. En este caso, incluso resultaba mejor encargarse de las últimas noticias de la noche, porque, aunque salía muy tarde, al día siguiente libraba al menos hasta el mediodía, y ese tiempo podía ser precioso.

«¡Mierda!» Había olvidado que Ívar sería el jefe de turno ese día y también el siguiente. Había cierta tensión entre ellos, o así lo percibía Ísrún. Había llegado a la redacción dos años atrás, cuando ella intentaba forjarse una carrera en psicología tras acabar el máster. Al tipo lo habían fichado de una emisora de la competencia y se consideraba a sí mismo una especie de pez gordo, mientras que a ella aún la tenía por una principiante, por más que —en conjunto, obviando las idas y venidas— tuviese más experiencia en medios que él. No parecía

confiar en ella para los grandes temas e Ísrún se daba cuenta de que no tenía las fuerzas que se precisaban para dar un golpe en la mesa y pelear por lo que era suyo. Quizá se habría sentido más capaz en los viejos tiempos, pero ya no.

Se sentó a la mesa en la sala de reuniones. Ívar la presidía en uno de los extremos, con una libreta de la que no se despegaba jamás y algunos papeles: notas de prensa que acabarían bien en manos de algún periodista, bien en la basura.

—Ísrún, ¿has traído algo ya elaborado del festival de verano?

¿Había cierto tono de burla en la voz? ¿Siempre le iban a tocar a ella las bagatelas? ¿O estaba siendo suspicaz sin venir a cuento?

—No, hoy lo acabo. Tendré algo listo para esta noche. ¿Dos minutos?

—Noventa segundos. Máximo.

Sus colegas ya se habían acomodado alrededor de la mesa; la reunión matutina estaba oficialmente en marcha. Nueva jornada informativa en ciernes.

—¿Habéis notado la contaminación esta mañana? —preguntó Kormákur, reclinándose en su asiento y mordisqueando un lápiz. Solían llamarlo Kommi,* sobre todo por lo mucho que le molestaba ese mote.

* Diminutivo de *kommúnisti*, «comunista». (N. de los t.)

—Sí, por lo visto son cenizas volcánicas que el viento trae hasta aquí; algo que se ha acumulado durante la erupción, tengo entendido —dijo Ívar.

—Y yo que creía que la erupción había acabado —replicó Kormákur y sonrió con ironía—. ¡Así que podemos exprimirle una noticia más!

—Ísrún, ¿podrías verificarlo? Escribe alguna noticia con un punto de amenaza. La erupción llega a Reikiavik, ¿entiendes? Algo por el estilo. —Ívar sonrió.

«Patán condescendiente», pensó ella mientras tomaba nota.

—Pero vayamos a los asuntos serios —dijo él.

«Exactamente.» Lo miró irritada.

—Tengo entendido que han encontrado un cadáver en el norte esta mañana, cerca de Saudárkrókur, junto a no sé qué edificación nueva; aún no hay nada confirmado. Kommi, ¿puedes mirarlo? Está claro que será la noticia de portada esta noche, salvo que empiece, literalmente, una nueva erupción.

Kormákur asintió con la cabeza.

—Me pongo con ello ahora mismo.

Al final no iba a ser una jornada sin noticias, después de todo... Al menos para algunos.